

Locura de Muerte

Arik Eindrok

Para mi eterno e imposible amor...

*La puerta permanecía siempre abierta,
solo debía atreverme a dar el gran paso,
a penetrar en el umbral divino
que me alejaría para siempre
de una existencia que jamás
me había sido interesante.*

Felicidad Suicida

¿La felicidad? Me dijeron que era posible que existiera, que no debía ahorcarme aún sin antes saborearla. Lo pensé por unos breves instantes, pero supe que eso iría en contra de esta existencia y de este mundo, porque todo aquí es dolor y sufrimiento. Esas son las expresiones que he aprendido de las personas y de la vida. Al principio eres inocente y serás lastimado, pero cuando aprendes todo cambia, y sabes que es mejor lastimar que serlo. Es como el dilema del erizo, después de un tiempo aprendes a tomar la distancia adecuada, y así no hieres ni te hieren. Y, si lo hacen o tú lo haces, es porque sobrepasaste esa distancia. Las personas no son para las personas, porque solo saben hacerse daño entre sí.

Pese a todo, sé lo que se siente querer a alguien y que te lastime, sufrir toda la vida por todo el daño causado. Sin embargo, ahora lo agradezco, pues eso me hizo abrir los ojos y ver más allá, entender cosas. Además, todo siempre fue mi culpa, me engañé a mí mismo pensando que podría ser feliz. Pero esa es la naturaleza humana, las personas cambian de

pareja todo el tiempo. Yo me aferraba, ese fue mi error..., que siempre quise imponer lo que creía que me haría feliz. Ahora, no obstante, ya no deseo nada, solo espero la muerte, y creo que esa es la verdadera felicidad, porque así nada ni nadie puede decepcionarte; es liberador, hermoso y sublime.

Todo es solo azar, solo es el punto de referencia que elegimos para mirar la existencia, y eso me coloca en determinada realidad, atrapado en una prisión única entre infinitas posibilidades. En fin, estoy aburrido de existir. Ahora ya no me interesa buscarle un sentido a la existencia, pues, aunque existiera, me daría igual, ya que este mundo está acabado. En el fondo, es gracioso, al menos así me parece. Diariamente salir a las calles, mezclarse con la sociedad, ver a las personas luchando por cosas que creen importantes o por personas. Preocupados por tener poder, bienes y dinero, por las cosas más asquerosas y banales que puedan concebirse. Y bueno, solo me resta decir una cosa: mi felicidad siempre fue el suicidio, así de simple.

La Muerte y yo

Yo iba a morir como todos, sin importar si me suicidaba o esperaba que ocurriera algún accidente, homicidio o enfermedad. ¿Realmente importaba que fuera hoy, mañana, la semana próxima, el año entrante o en muchos años? Incluso si mi muerte se prolongaba hasta la mismísima eternidad, no dejaría de ser muerte. Entonces ¿qué había de interesante en el contenido, en una vida que desde un comienzo me había parecido insoportable? Ciertamente, yo había sido un niño tonto y raro, pero desde esos primeros tiempos en este mundo sentía que todo sería un vil desperdicio. Daba igual morir, siempre que uno tenía que hacerlo algún día.

Por eso consideraba todo con tal indiferencia y me parecía ridículo tomar algo en serio; era absurdo existir solo para morir. ¿Por qué no ahora, por ejemplo? Esa era la cuestión principal del asunto... ¿Por qué no me atrevería de una vez por todas a cruzar la puerta, a penetrar en ese misterioso recinto de lúgubre hundimiento que es la muerte? La deseaba tanto, la deseaba con todo mi ser por encima de todo. Sin embargo, hasta hoy, nunca la había considerado tan próxima. Siempre me había parecido lejana, y por eso entendía también que las personas creían ser felices y también luchaban, sufrían y ambicionaban cosas en este mundo.

Ahora sé que no podría observar de otra manera, con infinita repugnancia, pues todos parecen tan encantados y se creen con tal derecho de vivir que olvidan lo más primordial. Sí, olvidan la belleza que ostenta la muerte, la inefable magia destinada solo a aquellos poetas dementes que se regocijan con la esencia de la decadencia y el olor de los vicios. El mundo humano se encuentra ya demasiado podrido, y no hay nada que pueda hacerse para evitar su posterior hundimiento en la inopia más sórdida. Al final, lo único real y sublime en la existencia de una raza tan miserable como la humana, no podría ser otra cosa sino la muerte.

Complacencia Mortífera

Seguiré sin ti hacia la prohibición del mundo, pues el vacío que significa mi existencia se ha mantenido inmutable ante tu partida. Ni siquiera pude derramar una lágrima cuando leí tu carta, cuando encontré esta pocilga que es mi vida apartada tan subrepticamente de tus caricias. Aún recuerdo, no sé por qué razón siniestra, esa ocasión en que nos besamos bajo el resplandor de un encuentro cargado de sueños y pasión. Entonces me sentía feliz, era cuando aún podía sentir algo, cuando me importaba que estuvieras aquí, cuando te amaba más de lo que ahora me odia esta sombra. La historia no se repetirá, tus besos y tu cuerpo ya jamás se

entregarán de la misma manera ante mi persecución en las noches mágicas y aladas del plano astral.

Hoy te has ido a donde perteneces, pues has comprendido lo congelado que se haya mi corazón y lo extintos que están mis sentimientos, pero es cuando reflexiono sobre lo arruinado de este martirio. Es una condición extraña existir solo por casualidad, y tal vez el pecado fue solo pensar que tú y yo podríamos llegar a ser más que la suciedad en la que nos revolcamos la primera vez. Llevo tantas manchas de sangre sin sentido en mi interior, tantos ojos cegados por la magnificencia que tu mirada procuraba obsequiarme cada mañana en el ocaso de la llama cuya inmanencia despegaba la inutilidad de vivir en el reino podrido. Descascarado y contrito, he tomado la decisión de castrar los recuerdos que desde ahora sé me atormentarán el día del delito, el momento en que el tiempo será finalmente mi amante y mi amigo.

No obstante, no es aún el instante de recibir la furia del olvido, pues me mantengo indiferente en absoluto, ante ti y los sueños rotos y extintos que arrojaste tan lejos de aquí. Hoy soy ligeramente más libre de mí mismo, y espero nunca caer como un títere en una argucia más de este sistema para desprenderme de mi intrínseca voluntad y de mis sinceros sueños, aunque ya no tenga ningún caso desear algo. Me siento feliz de tu partida, es un placer que había solo saboreado en pesadillas y que ahora hago tan mío como el hechizo del mendigo en el templo tangente, donde una parte de mi sombra fraguaba inmarcesiblemente una belleza imposible en la entelequia que te obsequiaba vida.

Discordia Refulgente

Será que muy pronto se doblegó la cuerda donde pendían los zarcillos en los cuales refulgía nuestra mutua adoración, tan pequeña se tornó la

sempiterna predilección que conservábamos intacta desde el principio de la fantasía. O tal vez quemamos, ignorantemente, el palpitante planeta tornasolado al cual nos transportaban los ósculos inefables intercambiados al devorarnos con pleno derroche de pasión y querella impostora. La realidad fue misericordiosa y se alejó; se atenuó para permitirnos el fraude, para creer que dos conseguirían el destino máximo fuera del alcance de cualquier mortal ciego y aferrado. Y es que no me importaba vivir si no atisbaba tu presencia, no requería ningún otro remedio para existir que saber de tu esencia.

Pero era inmoral solicitar bienestar cuando en la agonía y en la penumbra se reconfortaba mi consciencia, cuando en las telarañas del olvido podía balancearme y experimentar destellos mortecinos de un amor enigmático y fallido. No obstante, jamás abandonaré la armónica oscilación y el arcoíris de inmanencia en el cual me deslicé al recorrer los místicos recovecos de tu mágico cuerpo. A pesar de ser solo un placer terrenal, algo que naturalmente nos incitaba a la unión en lo banal, me encantaba pensarnos en términos más elevados que el contacto físico, haciendo de este plano solo el medio para proyectarnos hacia el más sublime cielo. Aquí estoy, continua e insaciablemente intentando resucitar lo que la muerte hizo tan suyo en el devenir inexacto y estocástico del tiempo naufragado, permitiendo al dolor cebarse a cambio de visiones distópicas cuyo almizcle oprime mi corazón y atrae por segundos tu suave canción.

Sé que será imponente caminar con las espinas lacerando el rumbo y los ángeles ocultando el futuro, aunque deberé hacerlo, pero ya sin tu conmoción. Qué ingrato resultó ser el final de este amor, la panorámica fotografía de la irremediable convergencia en esta mísera dimensión, ante la cual nos arrodillamos para pelear y buscar extinción. En dos ha sido repartida la casta del elegido, la protuberancia de la bestia divina, el chorro del pantanoso vacío fulgurando con la silueta de la que me enamoré en mi obnubilación. A ti te he amado y, aunque sea absurdo y desafortunado cometer tal imprudencia, no renunciaré jamás al encuentro mejor preservado. Estarás conmigo, recorrerás en mi interior la megalítica expansión tergiversada. Y, entonces, amaré sentirte tan mía como en este última y dual velada.

Necedad Caótica

Discordantes retumban las fúnebres y lacónicas trompetas del adiós, las coloridas nubes del ensueño se desvanecen en el juicio inmanente y atroz que sentenció la perdición de los dos. Lo que fuimos quedará plasmado en bellos y elocuentes discursos que el devorador regurgitará, en versos insulsos cuyo afán de pertenencia no trascenderá; pero que, pese a todo, anunciarán el hielo que pronto mi ser envolverá. Apesadumbrado y decaído percibo el sonido de la defunción, la sinfonía de muerte que apaciguará todo mal y ostentación, que liberará mi mente de estas cadenas mundanas donde reina la insignificancia. Cuán absurda era mi existencia, tan parecida a la de mis compañeros decadentes, salpicada de la mugre depravada y la repugnancia ilimitada que el mundo había envuelto.

No obstante, cuando te conocí surgió raudamente la esperanza de la felicidad, del abrazo laudatorio que remediara someramente el nebuloso y controvertido combate interior. De ti será mi mejor yo, la versión más suprema y recóndita que alguna vez ha posesionado la intrascendencia de mi vida. Gracias por los momentos de supuesta felicidad en el reino de la banalidad, por los besos divinos y las caricias encomiásticas que posaste sobre un desgastado ser enfermo de existir, de yacer en medio de la grotesca burla cósmica. Preciosas joyas iridiscentes de incomparable centelleo fueron esos eones compartidos con tu inefable soltura detrás de los páramos adimensionales, risas incontenibles y pasiones ahogadas por el deseo y el delirio del alma.

Paseos y caminatas por los bosques de los diez mil universos en colapso orlados con polvo galáctico derivado de tu sonrisa sibilina e inmarcesible, que a mi corazón inflamaba de incompreensión e inestabilidad al sentirme agujerado por tan magnífica sensación contraria a mi prosapia y frivolidad

mortal. Fue tan mísero el tiempo que se mantuvieron unidos los engranajes que pusieron en marcha el mecanismo de misteriosa beldad que originó aquel encuentro singular y despampanante, en el cual intercambiamos nuestras consciencias modificando el destino y el entorno que ahora reclama el trono, que se alza victorioso sobre la indispensable emancipación de dos amantes traicionados por sus instintos, atravesados por la flecha flameante que disparó lo que otrora fuese nuestro caótico y rutilante desatino.

Ilegitimidad Dañina

Me he sentido sumamente humano al amar de esta manera, al precipitarme por los rincones de un laberinto que yo mismo he labrado para enaltecer la perdición del viaje. Los ojos me arden y la boca se me seca, las ideas no son menos atrevidas al añorar tu figura en cada pared donde solo hay helada piedra. Me has atrapado, has extinguido el deseo de otras bocas y la ansiedad de nuevas caricias, pues solo a tu manera puedo vibrar y con tu mirada me he de suicidar. Grandes telarañas buscan pegarse a mi alma y embobar mis sentidos con crápulas de los demonios divinos, pero me escabullo por los agujeros del engaño, que en este sueño sin sentido me parecen más sensatos que cualquier daño.

La única cosa que lamento en el galimatías sibilino es su irrealdad, pues sé a la perfección que pronto, muy pronto, la arena pasará al otro extremo del reloj que nos unía por un pestañeo. Y el fuego helado vendrá para purificar la miseria en la que convergió este imposible romance entre dos muertos ladrones del amor blasfemo. Mientras las lágrimas de la contradicción caen, es evidente y real que la percepción infame terminó por sustituir a lo sublime, aunque lo nuestro era solamente un espejismo de amargura que se enmascaraba en los pétalos de la fragancia inevitable. Con absurda obstinación me aferré a la única esencia cuya falsedad me

cautivaba y enloquecía y, por ello, el golpe recibido hundió mis huesos más allá del infierno que significó haberte concedido el primer beso.

Me parece ilegítimo que tu boca haya impactado con tal violencia en la mía aquella noche, y que, al amanecer, toda tu esencia magnificante se haya esfumado como si de un sueño se hubiese tratado. Tal vez aluciné contigo, tal vez, en realidad, solo fue una ilusión rastrera pensar que tu cuerpo y el mío se habían fundido místicamente al compás de las más extrañas melodías. Sin embargo, hay una sensación muy extravagante en mi corazón que no me deja tranquilo, y que me hace devorar tu recuerdo como un demente. Sé que todo acabó, que tu olor no volverá a perfumar este infierno inaudito en donde divaga mi trastornada mente. Ahora solo me esperará la navaja, esa filosa iluminación que me permitirá, finalmente, transmutar este sufrimiento espiritual en la libertad más benevolente. Y, cuando los primeros rayos incendien mi carne, te juro que no me arrepentiré por haberte amado con tal fiereza y pasión, aunque ya no me encuentre en la disposición de volver a buscarte.

La profecía

Pasando por la barrera la luz elevó la sombra en el sonido del viento, cruzando líneas imaginarias y figuras indescriptibles en el terrible y agónico formato tridimensional. Asciende tu imagen, la luminiscente estrella del suicidio me acerca hacia ti, aunque sea solo una quimera mantenerte dentro de la máscara intrínseca. Sea el firmamento de esta noche lúgubre lo más divino que mi humanidad vomitiva contemple, o sea real la última caricia que tatuó en mi piel la agonía y la contradicción de tus visiones, yo hoy me olvido de todo. El componente y el místico sermón son mucho más de lo que mi soledad puede abarcar. Solía tomar tu mano y recitar el mantra, formar la cabeza con tres rostros e infinitos ojos, la única trinidad verdadera, la conflagración de la unión ascética que dibujó

los voluptuosos soles, cuyo resplandor despertó en nuestra consciencia un olor parecido al del amor.

Recorro con dolor y cierto aturdimiento las variantes y los bosques dorados en donde tu fantasma aún vaga y me llama para amarte. Memorias que no se van, que se clavan en la cima de las montañas, que me hacen recordar el hechizo que construyó en su momento la entelequia del mundo perenne, insoslayable para los dos amantes supremos. Soy únicamente un mono que paulatinamente reemplazó su realidad por una fantasía catártica, por un trozo de universo modificado por la exangüe llama del humano dolor. Toda espera me mantiene impertérito en los minaretes donde la luna comió de los trajes abandonados y bebió el néctar expelido por el majestuoso intercambio, por la emancipación de lo alado entre tú y yo.

Sé que he complicado mi propio destino, que el centro culminará y vaciará lo que destruyó la absurdidad por defecto enclaustrada en nosotros dos. Si pudiera, intentaría decirte que te amo, que alguna vez en algún universo podrá ser eterno. Si consiguiera tan solo llegar hasta tu origen y recalcar las posibilidades, evitar la huida y despedazar el amanecer que viene ya. Triste y melancólico persigo con ahínco tu fantasma, nostálgico y mohíno observo cómo se tuercen los designios que ambos hemos aceptado. Quisiera que fueses humanamente feliz, aunque para eso tengas que destruir y enterrar por siempre el mundo que juntos profetizamos como vida.

Melancólica Desesperación

Y, aunque ya lo haya escrito infinitas veces y lo haya mencionado en todas las dimensiones posibles, jamás sería absurdo embaucarme con tu perfecta forma humana. Tienes un aura majestuosa, tus matices de tono

índigo me indican un progreso excesivamente alto, con tu espíritu tan evolucionado y tu mente lejana a la podredumbre de este mundo infame y trivial. Por encima de cualquier concepción o delirio extenuante está tu silueta, pero no la física, que tan solo resulta ser mera temporalidad encarnada, sino la etérea. Porque puedo perderme en la inmarcesible profundidad de tu tierna y apacible mirada para purificarme con tu sublime manantial y tus dotes esotéricamente confeccionados. La manera en que vibras incluso pareciera ser superior a la de cualquier dios o entidad suprema.

Y, el modo en que consumes cada obstáculo con tu sed de conocimiento y sabiduría, más allá de tu propia naturaleza, me deja impávido. Tu avidez ante lo desconocido y tu intensa lucha inmanente son factores que no lograré, acaso, jamás dilucidar, pero continuaré intentando; proseguiré indagando en el multiverso afrodisíaco que tus pequeños ojos centelleantes, como dos inmaculados granates en el apogeo de la conmiseración, ofrecen ante mi descompuesto talante. Cuánto adoro contemplarte desde tan vastas perspectivas, y, en todas ellas, concluir remojando mi corazón en tu arroyo hiperbóreo, tan propio de ti y de la inexplicable sensación de paz y bienestar que emanas al ofrecermelo tu cálido corazón palpitante. Cómo adoro atisbar por un breve instante tu encomiástico regalo al recargar mi alma en aquella apacible y fantástica mirada resplandeciente que tanto me apabulla.

¡Oh, princesa de hermosura inmarcesible! ¿Me será lícito mirarte con esta melancólica desesperación? Si pudiera pedir que algo permaneciera inmaculado y alejado de la banalidad y la ignominia humana, sería tu magnificante esencia; la cual, ciertamente, jamás he podido plasmar en ningún escrito ni fragmento, pues la fastuosidad de tus cromatismos escapa irremediablemente a la gama de versos mundanos alcanzada por esta pluma terrenal con la que intento, en mi triste soledad, mendigar un poco de tu virtud suprema. No obstante, tal vez en alguno de esos lienzos misteriosos pudiera capturar lo que mis marchitados ojos perciben, pues entonces podría pintar un arte tan sublime que emanciparía la mundanidad con que trato de amarte en todo sentido.

Una argucia llamada amor

Todo amor termina por estar encadenado a las imposiciones del poder que implanta la miseria y la esclavitud en esta grotesca ilusión considerada como vida. Por ello, había renunciado a todo encuentro más allá de la intimidad, pues cada vez me convencía de manera más completa de la imposibilidad de cualquier sentimiento en mi interior. Sentía conmiseración por esos pobres diablos quienes creían experimentar los goces del amor, siendo solamente títeres de una telaraña en la cual nos hallábamos todos inmersos de alguna manera. La reflexión convergía en el mismo punto que la verdad, y era planteada en forma de inquisición: ¿Qué más podían hacer un hombre y una mujer además de pegar sus cuerpos en la oscuridad de sus almas vacías? ¡Qué tontos eran esos humanos quienes se engañaban y fingían aún quererse, cuando era evidente que se mantenían unidos por apego, costumbre, dependencia o alguna otra estupidez recalcitrante como los hijos o los supuestos principios morales!

El artilugio por sí mismo era fehaciente ante el observador minucioso, pero se requería haber recorrido los campos de la verdadera elucubración para comprender el simbolismo anterior. Y, como la mayor parte de la humanidad se hallaba enclaustrada en la ignorancia y el sinsentido, era natural que confundieran cualquier expresión equívoca de afecto con lo que sería un diáfano y absurdo amor. Una vez sugerido esto, para alguien mínimamente despierto y que supiera de todas las mentiras y formas de adoctrinamiento bajo las cuáles funciona esta inverosímil existencia superflua, no había vuelta atrás. Entonces se comprendía, quitándose todas las máscaras repugnantes, que el supuesto amor humano no era sino una amplia gama de actividades para perder el tiempo y convertirse en parte del rebaño, para olvidarse de uno mismo y ser un idiota más.

En eso sí que el amor era bueno, pues, al igual que el dipsómano y el toxicómano, quienes hallan un suspiro de alivio momentáneo en sus

actividades funestas, así mismo el humano enamorado se escapa de la realidad onerosa unos instantes. De tal manera que el amor quedaba englobado en mero entretenimiento o diversiones siempre mundanas, en paseos o salidas a sitios para gente común y corriente, a malgastar el dinero en obsequios absurdos y, finalmente, a envolverse bajo las sábanas y obtener la carne del ser amado. Luego de ello, ¿qué otra magia se esperaba del amor humano? Absolutamente ninguna, pues todo se volvía cotidiano y el interés decaía progresivamente, siendo el sexo y la costumbre las mejores usurpadoras de una invención insensata y jactanciosa como el amor, al cual el humano se entrega para renunciar a su libertad de manera un poco más modesta en que lo hacen las ovejas con sus bagatelas, pero igualmente carente de sentido como su mísera y terrenal existencia.

Decantación Inmanente

Escarbando en las zonas donde antes sollocé, cavando tan profundamente, como es posible a estas humanas manos y como debe ser. Es el antiguo dilema que durante eones ha trastornado mi concepción de la vida en este jactancioso universo. Dos ojos flameantes se incrustan en mi frente para reemplazar a los verdaderos, a esos obedientes ciegos cuyas limitaciones me han irritado al rasgar el velo. Estaba tan enfermo de humanidad y tan atascado de implantadas ideologías, que decidí dejar de buscar en el exterior. Libros, ensayos, conferencias, brujas, entes, chamanes, rituales, viajes astrales, meditaciones, emancipaciones y hasta empecinamiento; traté, de cualquier forma, aniquilarme desde dentro. Inútiles fruslerías, todo terminó por ser falso y yo creí que las respuestas hallaría. Pero ahora entierro todo lo que fui e indagué para nunca más consultarlo, porque requiero reconstruirme para sobrevivir al ciclón de la destrucción.

Pero también esto requiero: asesinar mi espíritu y arrastrarme hacia el agujero, beber en el manantial donde soñé a la sombra delirando. Así, llegará hasta mí un sublime parpadeo, una mariposa alterando los desvaríos, y, en sus alas, tendrá grabados mis últimos suspiros. Yo la tomaré y la engulliré de un solo bocado, para que se reproduzca en mi interior y la metamorfosis se complete. Porque yo, antes inocente y escueto, ahora necesito ir al más allá sin morir; esa es la única manera para limpiar lo que por naturaleza hay en mí. ¿A dónde podría yo viajar? ¿Dónde me llevará toda el agua bebida cuyo oscuro matiz reflejaba pecaminosos objetivos? ¿En qué monte aterrizará lo que fuera mi pesada carga en el planeta de la tergiversada bondad? Porque yo sé perfectamente el secreto de la perdición para desnutrir las imputadas almas en los culpables sin corazón. Entiendo, barrunto, el punto de contraste entre someterse a la restricción o rebelarse y recurrir a la muerte.

Por eso la he llamado, y por eso ha venido hasta aquí reptando desde el fondo de mi dolor, decorando este lóbrego y lacónico teatro con las reminiscencias del ayer y del mañana, conservando la ilusión del retorno y del hoy. ¡No puede ser! Todavía no crecen las alas ni llega el choque esperado tras la primera inhalación, pero ya tengo que irme, dirigirme directamente hacia mi propia devastación. De otro modo, tendría que esperar los años injustos de la barbarie humana, las eras marchitas del consumismo desenfrenado, los cruentos momentos donde las pieles se han arrancado. Yo, supongo, conservo la mía, la guardé en un pocillo dentro de mi consciencia, y el tiempo la cuidó cuando al paraíso intenté escapar. Pero volví y traje conmigo a un dios, que no era real, sino opuesto a la imitación. Ya debo irme, es el momento de arrojarme desde esa magnífica torre construida por las manos más ingratas y grotescas; es la hora de saltar y tomar ambas cuerdas para conectarlas a mis oídos.

Límpido Sueño

Me agrada tanto soñar con tu límpido y adorable rostro, con esos ojos en donde puedo percibir lo más hermoso de la existencia y con esos alborotados cabellos tan sedosos y cósmicos, con esas cejas pobladas y arqueadas, y esos labios sibilinos que, al unirse esotéricamente con los míos, me confieren la potestad de deleitarme con aquella inmaculada melodía de tonos tan lejanamente sublimes y que solo el palpar de tu corazón plateado con tanta pureza consigue ofrecerme. Es inaudito el inefable y rítmico rugido que opaca todas las banalidades en mi alma, ese que únicamente proviene de discernir los símbolos para desentrañar y vivificar tu cromática sombra, de saborear y reconstruir los infinitos fragmentos que yacen despedazados en tu espíritu, de conectarme con tu verdadera forma más allá de tu superficial figura humana. Quiero que vengas, quiero que hagas lo mismo conmigo, que entres en mí y que consigas acomodar cada pieza que lacera mi consciencia.

Quiero que unas lo que sea necesario, que saques las tinieblas para iluminarlo todo con tus supernovas ingentes y avasallantemente relucientes. Necesito que fulgures con tal magnificencia, con tan suprema y contundente luminiscencia que no deje rastro alguno de lo que he sido. Reconstrúyeme con tu vida y revíveme con tu muerte, pues solo tú conseguirías animar mi carcomida y maltrecha esencia. Yo te seguiré en cualquier plano o dimensión, inclinaría los relojes cósmicos con tal de besar tu alma una vez más, de hacerte ver la angustia en la que me suspende esta impertinente forma humana y esta absurda debilidad carnal. No sabes cuánto apreciaría no ser tan defectuoso, procurar responder ante todos tus pestañeos y tus soberbias caricias con el máximo intercambio del ser. Porque yo a ti podría otorgarte lo que fuera, sin importar la cantidad de suicidios ni de extinciones masivas. Yo a ti quisiera conferirte el poder para deshacerme y configurarme como mejor te plazca.

Yo podría arrancarme el corazón y elevarlo hasta el tribunal en tu preciado nombre. Yo sacrificaría mi alma para concederte un poco menos de infelicidad, para hacerte sonreír con tu inmanente delicadeza y tus ojos

jaspeados de un carmín violento y excitante. Yo podría arrancarme de esta infame existencia para asegurarte un solo momento de placer y plenitud, aunque fuese en la soledad de tus plenilunios donde solo tristes poemas quedarían, aunque fuese en el manantial a través del cual mi reflejo ya no sería el que tu sonrisa ocasionaría. Pero yo lo daría todo por esos diminutos momentos en el espacio donde rieras mágicamente, pues ese sonido podría guardarlo para buscarte si es que todavía quisieras conocerme, para decirte lo sagrado y adecuado que ha resultado el sentirte en este universo decadente. Yo te he soñado mucho más de lo que te imaginas, y te he imaginado de tantas maneras que el hecho de besarte se ha convertido en todo lo que quisiera por siempre.

Explosión

Cuando besé tu boca no comprendí de inmediato el paroxismo quimérico que, irrefutablemente, me proyectaba hacia el mundo onírico de los elementos sublimes. Abrazarte y sentirte fue la convergencia en el paraíso mismo, pues eres tan delicada y avasallante cual planta divina de los adivinos en los rituales sagrados; tan sagrada como la estimulación espiritual de la glándula pineal, como la idílica sensación de cosquilleo en la sexta fragancia tras experimentar el pensamiento multicolor. Resulta demente el efecto de tu beso, sincero, refulgente y magnificante, pues lo que ocasionas en mí es incomparable e inalcanzable. Ni siquiera todas las sustancias supremas reunidas podrían pintar un lienzo del modo tan cromático y bucólico en que tú has teñido los recovecos más sórdidos y sombríos en mi alma.

Las palpitaciones elevan el dolor y el amor hasta los infiernos que se parapetan más allá del cielo, esos donde añoro probarte y tenerte por la eternidad de todos los tiempos y los universos. Y, en donde sea que te piense, florecen las cósmicas plantas luminiscentes de las visiones

inexplicables. En cada ósculo imprimes en mí los olores y sabores del karma hiperbóreo en los arabescos más intrigantes y magníficos. En todos nuestros encuentros surgieron los orígenes del infinito para sopesar el impertérito y multidimensional vacío de nuestra forma actual. Y es que, cuando te besé, morí para reencarnar en un ser de naturaleza misteriosa e inefable; todo en mí vibró y se extendió hasta crecer y superar lo más grande y fulgurante en las supernovas de la civilización perdida.

¿Qué clase de entelequia y de ataraxia etérea hizo desaparecer los vicios y las carencias de mi humanidad, y ocasionó, paralelamente, un fugaz viaje místico hacia la paráfrasis de dios y su energía en su máxima y deslumbrante constitución? No sé cómo decírtelo, tampoco creo conseguir pintarlo con el arte más celestial; menos a través de la poesía admirable del alienado sujeto en esta concepción excelsa e ilusoria. Lo único que podría insinuarte es que, si siempre me besas de ese modo, no podré volver a ser yo mismo, pues habrás mi espíritu evolucionado con tus explosivas ráfagas de sentimientos atemporales y supra cósmicos. Si mi corazón estalla ante tu espléndida comunicación beatífica, quedará el recuerdo para reconstituirme y saciarse eternamente de tus primorosos y excitantes labios de matices lenitivos.

Ansiedad

Desconozco si es consciente del hostigamiento que imprime sobre mis hombros aquella fatal reminiscencia de vetustos dientes afilados y de esencia siniestramente escabrosa. Lo que sé es lo mismo que ella ha averiguado infiltrándose en las oquedades que durante la vigilia incitan al morbo y el azoramiento del estupor cromático y refulgente, de la desesperación incipiente que amarga más que la existencia terrenal. Me pregunto si dejará de susurrar aquellas onerosas frases de dolor y muerte al despertar, y vagabundear en las calles de melancólica náusea, de

perfidia infinita y lascivia inaudita donde abundan los humanos blasfemos esparciendo la miseria de la vida. Me agita, me corroe y me estresa su presencia, su desgastante peso y su deplorable risa macabra y melódica.

La veo reptar por las infinitas rocas puntiagudas que conducen a la montaña plomiza cuya cima roza con el arrebol cerúleo de vahos extraños, mismos en los cuales puedo recostarme y obtener un consuelo momentáneo, un descanso en mi débil y exangüe distinción. Ella vendrá, estoy seguro de que lo hará, pues jamás se rinde cuando encuentra un anfitrión, cuando logra que el ritual se lleve a cabo majestuosamente, como mejor le conviene y del modo en que sugiere. Nunca ha conocido la derrota, pues, cuando se cree haberla incinerado con la flama de la verdad, se esconde y miente con celeridad; dilucida la magia hermética para engañar al ladrón. Entonces regresa con más poder e instigación, con grandiosos deseos de obnubilar la percepción y hacer cumplir sus demandas. Tal vez fingir la muerte de la consciencia podría extinguirla, no estoy seguro. Me ha vigilado desde hace mucho, tanto que ni recuerdo cómo fue que esto empezó, ni cuándo la descubrí como parte inmanente de mi constitución intangible.

Es una quimera, solo existe en mi ser, juega con la realidad y la revuelve con la alucinación, trastorna el planeta de la miseria en la agonía del mártir enfermo. No obstante, incapaz soy de defenderme, de no escucharla siquiera un poco; me cuesta tanto ignorarla, hacer a un lado los impulsos dementes bajo los cuáles embota mi espíritu y descontrola la sintonía. Sé que no podría intentar hacerla verídica a los ojos del resto, que es perceptible solo en mi intrínseca mirada, en el manantial que resulta indispensable para mi sumisión en la vida mundana. Muchas puertas, colores, dolores y amores he obtenido y perdido por su causa; tremendas jornadas repitiendo patrones, realizando las mismas acciones una y otra vez hasta satisfacer su ego, y también el mío, aunque con un poco menos de sentido. He dejado de luchar, he decidido aceptarla como parte fundamental de mi existencia en este plano sacrílego, y eso me ha traído una irrefutable e imparcial entelequia en la cual dormitar y esperar el fin de su influencia, cuando por fin la muerte escuche y atienda mi exhortación.

Disociación

Silencio, un hermoso y catártico silencio se impuso entre nosotros, atrofiando cualquier especie de vibración, ensordeciendo el ruidoso tropel de emociones fulgurantes y sentimientos orlados que coronaban esta caravana poética, símbolo ingrátido de la extinción romántica. Acertijos trepidantes burlándose de la insensatez humana al caer del trono ficticio, al saborear el lodo iridiscente de la verdad injustificada. Nada más plausible pudo escindir a los amantes ignorantes del destino cruento y del tiempo matizado. Ningún dios acudió para pregonar la magia sublime o siquiera para apostar una renovación, un deseo de muerte que fecundara la inmolación. Una estrella aún centellea débilmente, pero sé que ya no me pertenece su brillo, acaso jamás lo hizo. Y solo la observo alejarse para siempre mientras me acribillo.

Tan pronto como apareciste, el fuego consumió los besos que, con taumaturgia y precisión, robaste a mi escueta boca. Y que, con demencia y explosión, nos transportaron a los palacios de ónix negro para venerar al pájaro que paulatinamente devoraría nuestro amor. Veíamos, como el resto del rebaño ignorante, tan independiente de nosotros la única seductora de la existencia ignota, la purificadora máxima de los eternos designios. Y, sin embargo, aullaba en las sombras que se esparcían tras cada encuentro, que añoraban comer nuestra carne y batirse de nuestra sangre. Nos disociaba sin que pudiésemos percatarnos, sin que pudiésemos hacer algo para evitarlo; todo para aceptar que nuestro antes magnífico amor ya se estaba muerto.

Estocásticas las manecillas que restaban por avanzar en el reloj cósmico y perenne de la comunicación fraudulenta. Pensamos que estaríamos en armonía con nuestro interior si juntos recorriamos el plano superior de los siete por dilucidar. No obstante, un grito atroz marcó el retroceso,

absorbió la naturaleza de nuestros instintos y los impulsos delirantes que nos ataban con el mundo de los huesos. Y, entre el dolor y la tristeza, entre lamentos y murmullos, se secó para siempre el manantial donde se posaban los cuervos para graznar hacia la gibosa y pálida luna sangrienta, único testigo del principio y el fin de esta absurda historia en la que creíamos tan ilusamente amarnos.

Beso Suicida

De vuelta al tormento, a la desdichada, repelente e inicua existencia en este plano de seres descompuestos. No puedo creer que yo me encuentre aquí, que me haya vuelto uno más de esos seres decadentes y opuestos a la sublimidad que desperdician sus vidas en un trabajo cualquiera, diversiones absurdas y materialismo desdeñable. La paradoja debió haber trastornado al destino cuando se le ocurrió plantarme en este camposanto de sueños destrozados, en esta continua planicie de mentiras tergiversadas como verdad y símbolos anunciando la falsedad de la realidad. Estoy enfermo de humanidad, enfermo de existir y cansado de soportar la inmensa galaxia sacrílega que me ha enclaustrado con cadenas estelares lejos de mi comprensión. No quiero estos vicios ni deseo estas bagatelas, pues no me interesa comportarme como uno de ellos, tampoco relacionarme con sus placeres y subterfugios ni cargar con sus inútiles preocupaciones.

Pobres, tan esclavizados por el tiempo y sus impulsos, ocultando su verdadero yo bajo infinitas máscaras que nunca logran representarlos plenamente. Las máximas alegrías que logran atisbar en su estrecha percepción mundana son el embriagarse cada viernes, pegar sus nauseabundos cuerpos en la oscuridad para experimentar algo tan banal como el sexo, realizar viajes a lugares cuya belleza es asaz superficial, adquirir bienes materiales para rellenar el vacío en que levita su

existencia sin sentido, atragantarse con toda clase de comida basura, tener hijos a los cuáles inculcar la misma ignominia, casarse con otro ser igual de común para consagrarse en el rebaño, arrodillarse ante la imagen de un hombre clavado y ensangrentado, entre otras tantas zarandajas. ¡Qué sacrilegio saber que pertenezco a una raza de ciegos adoctrinados que no hacen sino amar su miserable esclavitud!

Y ¡qué superflua y vomitiva es la facilidad con que el humano cree alcanzar la felicidad! ¡Qué insignificante es su triste y sacrílego peregrinaje en el mar de pestilencia que ha osado llamar civilización! ¡Qué aciagas son todas sus construcciones, monumentos, creencias, costumbres y olores! La única muerte fue haber nacido en la época más ridículamente incongruente, la más apegada a lo terrenal. Solo me queda recurrir al único aliado, el único amigo verdadero que siempre se ha mantenido a mi lado, la sombra que ha conseguido fortalecerme en este retroceso evolutivo consagrado en lo humano. A él me entregaré hoy, pues el asco que siento hacia todo lo que me rodea y lo que se encuentra en mi interior ha superado mi paciencia, ha horadado en cada concepción de voluptuosa impertinencia. Jamás quiero volver aquí, nunca añoro que mis ojos contemplen otra vez la execración monumental y refulgente que representa la humanidad. Hoy solo quiero saborear el beso más exquisito, el del suicidio.

Esquizofrenia

Sin importar cuánto intentase resultaba una pérdida de tiempo ilustrar a los demás la manera en que esto me inquietaba y me trastornaba en los sueños del espíritu. Ellos nunca comprenderían el sopor en el cual me subyugaba cuando sentía venir su insistencia, la evasiva huida de mi propia mente para no sentirme tan carcomido por los deseos oscuros que embotaban la concepción de la personalidad con anómala iridiscencia.

Ahora entiendo cómo es que una persona puede llegar a extraviarse en sus adentros, y cómo, aunque sea un disparate, he permitido que esa sombra se alimente con cada uno de mis trémulos y pérfidos pensamientos. Pero lo realmente espantoso es saber que ya no existe solo en mi imaginación, sino que es, incluso, más real que yo.

Lo que aún no logro comprender es que exista por cuenta propia, ¿habrá algún modo de alejar eso que soy yo de lo que quisiera ver al arrojarme hacia el vacío? Desde que llegó comencé a experimentar y alucinar toda gama de extrañas sensaciones desconcertantes e intensas. Para el resto se trataba de una invención, de una superchería mediante la cual expresaba mi débil entendimiento. ¿Cómo podrían, no obstante, los humanos a mi alrededor descifrar la monstruosa deformidad que me dominaba al punto de ya no saber por cuánto tiempo era dueño único de mi mente? Esas voces suicidas me enloquecían cada noche, y las imágenes de putrefacción y pestilencia no me concedían un solo momento de alivio, ni un solo reproche. Todo era solo un acto de cobardía, la debilidad de un pobre enfermo cuyas alucinaciones habían traspasado la realidad.

Inútiles reflexiones escribo, tengo el sórdido presentimiento de que ha sido el desesperado grito de la soledad el que ha destrozado su encarcelamiento y le ha otorgado tan poderoso balbuceo. Sigue fortaleciéndose y es imposible deshacerla, no respeta ninguna de mis prohibiciones y mis promesas las mastica cual putrefactos cascarones de falacias obsesivas. Tengo miedo y voy de un lado a otro en esta habitación de blancas paredes, pues sé que tal vez ni la muerte pueda de sus susurros desprenderme. Y eso es lo que más me trastorna, lo que me hace no saber si quiero estar vivo o muerto, pues ¿qué certeza tengo de que todo culminará realmente cuando incruste esta bala en mi cerebro? Es triste saberlo, pero es tan cierto que solo el suicidio me brinda la esperanza de mitigar mi inhumana esquizofrenia.

Un suicida viviente

Un suicida era yo, pero uno extraño, uno inhumano. Sí, un suicida de esos que no se suicidan, que no completan la acción, que hacen del suicidio una forma de vida, por raro que suene. Yo era uno de esos individuos quienes disfrutaban existir sabiendo que la puerta permanece siempre abierta, que cualquier noche el hartazgo de soportar este mundo y toda su asquerosa masa de personas y execrables rebaños tocaría fondo. Sabía también que, sin la idea de suicidarme, entonces mi vida de verdad sería intolerable, puesto que vivir queriendo morir es la manera más dulce, espiritual y sublime de permanecer vivo sin realmente desearlo. El sufrimiento debía apurarlo hasta el fin, el infierno debía ser lo más recalcitrante posible para poder despegarme de esta vil cáscara humana.

Por eso digo que yo era un suicida, uno que no se atrevía a matarse, que contemplaba diariamente la idea en su cabeza, ya fuera la navaja rasgando las muñecas o la garganta, la bala perforando el cráneo y esparciendo los sesos sobre el cuarto; o, tal vez, mi cuerpo hundiéndose en la profundidad de un río donde podría, al fin, caer en el más espiritual letargo. Sea como fuere, ser suicida era tan parecido a estar enamorado, a experimentar esas convulsiones del alma cuando los sentimientos se han alterado. Ser suicida era mi destino, mi vida y mi muerte; era la poesía que había escrito, ebrio de emociones contradictorias, para descubrir lo trágico, bucólico, apacible y refulgente de la existencia. La idea del suicidio era ya lo único por lo que vivía, tan indispensable para mi alma como el aire que respiraba.

Yo era un suicida, uno que se suicidaría cuando ya ni siquiera el suicidio me pareciese suficiente, cuando el arte y la melodía de mi sufrimiento ya no me conmovieran, cuando vivir o morir fuesen exactamente lo mismo. Sí, yo era el poeta suicida que odio y amó la vida, pero que siempre suspiró al recordar que nada, absolutamente nada de este mundo sucio y corrompido, le pertenecía. Y, asustado y cansado, volvía al mismo punto de donde había partido, entraba nuevamente en ese laberinto de contradicciones absurdas que era la vida. Sí, tan solo para comprobar una y otra vez que nada, en verdad nada, tenía sentido. Pero los gritos eran

cada vez más fuertes, las cadenas cada vez más débiles, las caricias cada vez más frías. Y, al final, sabía que no quedaba nada, nada excepto la decisión de suicidarse.

El poeta suicida

El poeta suicida era un joven de veintitrés años que se había alejado de su familia y que permanecía en absoluta soledad, obsesionado con la idea del suicidio, con trastornos de ansiedad y de depresión inimaginables, pero con una voluntad bárbara para resistir todo el daño que él mismo se hacía. No quería vivir ni morir, no quería estudiar, leer, aprender, ver, escuchar ni conocer nada ni a nadie. En resumen, había perdido cualquier deseo, incluso el de fornicar y comer. Pasaba días enteros en su cama, tirado y encerrado en aquella pocilga que rentaba como habitación, pensado en su inutilidad y su miseria como humano, pero todo era una mera quimera de un loco obsesionado con quién sabe qué bagatelas. Lo único que hacía era dormir y olvidarse, por unos bellos instantes, de la realidad tan fracturada donde estaba conminado a permanecer por cierto tiempo.

Dormía casi tres cuartos del día y despertar era cada vez más complicado, pero no sabía qué hacer además de escribir e intentar meditar, pues inclusive el suicidio no le complacía. Su existencia era un tormento, una blasfemia que no valía la pena soportar, un vilipendio para un ser tan elevado como él. Cada día estaba más asqueado de la humanidad, consumido por el fétido aroma del rebaño, atormentado por saberse perdido en un mundo que odiaba tanto como su propia humanidad, fastidiado de no hallar reposo en ningún sitio, de no poder calmar levemente el dolor que laceraba su corazón, pues existir era para él un sufrimiento absurdo, vivir era algo que nunca había pedido y, por ello, se sentía forzado a hacerlo. Sin embargo, aún no podía morir, le era

imposible acabar consigo mismo, puesto que su muerte sería mucho más fácil que su vida, y esa era la razón de todo su malestar.

El poeta suicida quería sufrir hasta que ya no aguantase más, hasta haber apurado el último trago amargo de esa cadena de eventos absurdos que representaban la película de su extraña existencia, hasta haber saboreado el fondo de aquel aislamiento en el que se pudría lentamente, viendo pasar los días sin hacer absolutamente nada, sin preocuparse por un futuro como las demás personas comunes y corrientes que conforman esta odiosa y vomitiva sociedad, sin ninguna especie de orden o de anhelo, sin ningún horario ni trabajo, sin compromisos familiares, esposa, hijos o amigos, sin querer saber nada de su maldito destino. Así era como el poeta suicida moría cada día un poco más sin saberlo, como su alma se desprendía de su cuerpo, como se deleitaba pensando en la manera en que llevaría a cabo el suicidio supremo, incapaz de admirar lo más mínimo, de disfrutar el más bello lienzo.

Y, pese a todo, a veces escribía versos cargados de insana melancolía y recalcitrante locura. Solo una idea lo mantuvo siempre como un suicida que no se entregaba a su sueño: que el momento no era este, que su muerte aún no podía pertenecerle. Que la vida, pese a ser horrible y sumamente banal, contaminada por la asquerosidad de la humanidad y condenada a la decadencia, era, al fin y al cabo, un dulce poema que, en menos de lo que esperaba, habría de terminar, pero que debía componer pacientemente, saboreando todos sus sufrimientos, embriagándose con esos pequeños momentos de escasa felicidad que pudo disfrutar. Y una noche, cuando la nostalgia más lo invadía, pudo comprender al fin la verdad: la vida y la muerte eran una misma, todo dependía de qué cara se quisiera observar. El poeta suicida entonces despertó, y dejó de soñar unos momentos para soñar eternamente.

Ensimismamiento

Alcanzando lo aleatorio mediante la supresión de los sentidos mortales, inhalando el vaho del universo en el vínculo etéreo del alma. Fúndeme con la divinidad que mi humanidad ha obnubilado en mi interior, desgarrar las capas de putrefacción que la realidad ha vertido sobre mi razón. Inmanente permanecerá el único conocimiento verdadero, el ulterior símbolo de aquello que jamás existirá en la patraña que ha conminado este mundo al absurdo; aquel con la sangre helada y los sentidos mitigados conocerá de lo que habló el monje. Y el pequeño ente hará brotar de su pecho un humo morado que purificará la suciedad que nos ha cobijado. En el cielo una bola blanca continúa absorbiendo nuestra energía, pero ya es tiempo de recuperar todo lo que hemos vertido en su nombre.

Una hora después del viaje comenzaron los delirios del retorno, aullaron los lobos para escapar de mi cabeza, los valles se contrajeron para adormecerme con su presteza. Expandiendo la oscuridad para hacer de esta sombra mi mayor aliado, deslizándome por los recovecos de la eternidad y esquivando cualquier inmundicia que se presente, cualquier escollo donde tantos infames se han de atorar. Analizando más allá de la insignificante percepción humana, escindiendo lo supremo de esta pestilente prisión para elevarme por encima de la neblina insana e infinita. Escucho el sonido de un piano, una melodía cargada de una nostalgia imposible de comprender, de una tristeza que a cualquiera haría enloquecer. Sigo el sonido, aunque sé que me llevará lejos del camino, pero no importa. En realidad, incluso el tiempo me ha abandonado, incluso la vida no es algo que él haya preferido.

Solo deseo alejarme del presidio que representa la depravada existencia de un conjunto de humanos sin sentido, de la cruenta mentira ante la cual millones han intercambiado sus almas por cualquier cosa alejada del celestial lienzo en el fondo del cielo. Alimentando la voluntad para superar mi propia naturaleza, raspando los restos de lo que fue mi vida humana, saludo al benevolente almizcle de la muerte que al fin en mi auxilio viene. Me abraza, me dice que todo estará ya bien, pero ¿he de creerle? No es su

presencia lo que me inquieta, sino la incertidumbre del retorno, de saber que podría ser conminado al averno nuevamente. Entonces ¿de qué sirvió la lucha contra la bola blanca? ¿De qué sirvió haber seguido la nostálgica melodía del pianista deprimido? ¿De qué sirvió haber vivido, haber muerto, si todo estaba ya decidido?

Sometimiento

Otra vez era yo contra el mundo, luchando vigorosamente por romper el cascarón, por superar mi propia humanidad. Peleaba con furia, no me doblega ante nada, arrancaba cabezas y esfumaba insanias vociferadas por los humanos. Llegó el punto culminante donde la prueba exigió el desprendimiento de toda banalidad, de todo lo que me había sido inculcado en el interior para existir en esta realidad. La configuración, aunque dañada e interrumpida en diversos sectores de la gran matriz, permanecía intacta en su núcleo, en el maldito y fétido origen que se extendía por toda mi alma, lacerándola y distorsionando la percepción insondable y furtiva. Caí en cuenta de que, sin importar cuánto consiguiera vencer el exterior, nunca ganaría la guerra contra la esencia del origen sustancial. Infinitas batallas podría librar y, en cada una, destrozando la adversidad, aplastar gustoso aquellas armas ante las cuales la mayoría sucumbía.

Y, aunque en ocasiones éstas conseguían rasgar mi carne e imponerse en mi mente, trastornándome al punto de sacarme de mi propio yo, vaciando las inverosímiles capas que con tanto esmero habían ataviado mi evolución, jamás triunfaron por completo, pues siempre volvía a mí. Era tan extraño sentirse lejos de uno mismo, suplantado por una entidad atiborrada de argucias e implantada hasta lo más hondo del subconsciente, labrada por años de adoctrinamiento en la pseudorealidad, por tantos días sucumbiendo ante las imágenes en la pantalla diabólica o

perdiendo el tiempo con personas completamente idiotas. Además, siendo imberbe y estando inerte ante los cervales ataques que por todas partes golpeaban con la fuerza que solo posee el poder más siniestro se debilitaba la resistencia y el combate ya no dejaba duda ni reservas. El suicidio era entonces el único consuelo verdadero.

Pero conseguí más arsenal, refuerzos al replicarme dentro de la mentira universal, al contraatacar al falso dios e imponerme a todo agente externo que durante eones había pululado e infectado lo más límpido en mi seno. La única voluntad capaz de conseguir el exterminio, empero, yacía en las colinas imposibles para la humanidad, inalcanzables para un simple y torturado mortal. Así, la guerra se perdía, aunque se creía llevar aún la delantera en esta triste y menguante escalera a la decadencia infame. Se podía dar la contra, se podía resistir y atacar con estrategia y debilitar al enemigo más temible, pero nunca se conseguía derrotar definitivamente lo que aguardaba pacientemente en la propia mente. Era imposible conquistarse a uno mismo, ganar la pelea contra el ser interno, contra lo que naturalmente conformaba mi esencia, contra la humanidad que por defecto permitía mi asquerosa supervivencia.

Perdición

Un absurdo me configuraba y describía mi pensar, atrapado en las fauces de una existencia sinsentido donde las contradicciones y las injusticias resaltaban más que cualquier capacidad humana. Estaba tan enfermo de mentiras y asqueado de la mundanidad y la rutinaria marcha de los días, con ese talante de insignificancia y palpitante insania, con esa mezcla de destrucción espiritual y hundimiento mortal. Hacía mucho tiempo que me había aislado del mundo entero, ni siquiera mis padres llegaron a importarme lo suficiente para evitar el ostracismo creciente. Amistades fueron siempre muy pocas las que mantuve cuando entre los humanos y la

servidumbre del rebaño suspendí mi ser; sin embargo, pasado un periodo muy corto, las abandonaba por considerarlas a todas demasiado banales, independientemente del género, religión o educación.

Algunas mujeres conocí y creí estar enamorado de ellas, pero el hechizo duraba lo mismo que la felicidad cuando se presentaba y, al fin y al cabo, terminaba por aburrirme y regresar a los amados brazos de la soledad, la única amante que nunca se preocupó de mi ausencia y que esperaba siempre con serenidad mi complacencia. Fue así como prosiguió mi triste, mísera y repugnante existencia, tan trivial y mortecina, tiritando en el helado desierto de mi amargura y desprecio hacia el mundo humano. Me injuriaba con frecuencia y detestaba el hecho de observar a las personas, así como la forma en que ocurrían sucesiones de miseria incontrolable y desperdicio abundante. Unos tenían tanto que podían vivir mil vidas sin gastarse todo su dinero; otros, los cuáles eran gran mayoría, trabajaban como desesperados para malgastar y consumir, para envilecerse y olvidarse temporalmente de su intrascendencia.

Finalmente, estaban los olvidados, los marginados, la gente que existía como un pecado, la que se hallaba en la más cruenta pobreza, esclavitud y opresión. Había mujeres que eran convertidas en muñecas sexuales de viejos depravados, inducidas en el fétido y pútrido teatro de la prostitución, la cual era no solo permitida, sino incitada y hasta alabada por la hipocresía de las sombras de aquellos que fingían deplorarla. Del mismo talante gozaba la pornografía, pues perturbaba la mente y enviciaba a consumidores y propagadores, recalcando la decadencia de una sociedad necesitada de fornicar para sentirse completa. Pero estas eran solo dos de tantas asquerosidades y depravaciones cometidas en la ficticia civilización del mono, matizada con falacias e hipocresías de la peor calaña.

Había muchas otras más y de peor clase, que, con frecuencia, involucraban a la parte más pobre de la humanidad, a quienes les era arrebatado prácticamente todo y se les permitía morir de hambre en el máximo sinsentido. En fin, estas tres divisiones eran en conjunto las vertientes del mundo absurdo donde me encontraba preso, donde los días se me hacían tan pesados y el pensar en el sufrimiento y el calvario por el

que atravesarían millones de seres cotidianamente solo reforzaba mi teoría de que la existencia humana no debía haber sido concebida. La sombra que cubría el mundo entero arrebatava el alma y extirpaba toda percepción sublime, acuchillaba la ínfima divinidad en el interior y, en su lugar, dejaba la adoración por la banalidad y el materialismo, abandonando los cascarones para pudrirse aparentando ser entidades vivientes.

Aflicción

Solitario y adusto me acuesto en el suelo de esta habitación fúnebre, lánguido y absorto con el recuerdo de tu rostro y tus facciones espirituales. El polvo me cubre y oculta las llagas dolorosas que esta enfermedad concupiscente evoca. Un pianista parecido al maestro del fuego se embriaga con la sinfonía demoniaca y remarca la marca que vibra en mi alma. De nuevo soy yo elucubrando sobre cuestiones de las que nada sé, analizando con meticulosidad el entorno blasfemo del mono, reconfigurando las piezas del rompecabezas en que se tornó mi vida vacía desde el día en que murió la fantasía de besarte. Sé que tus labios jamás en los míos volverán a posarse, que todo fue una mentira en la que tan estúpidamente decidí creer. Pero no me arrepiento, ciertamente, pues amarte ha sido lo más hermoso que me pudo haber pasado en mi triste y virulenta vida.

Un cuadro en la pared, telarañas cayendo sobre mis pies y tus pinturas catárticas derramándose en el antiguo vergel donde solíamos matar este sinsentido con eficacia y beatitud al recostarnos y soñar con el mundo del ser sublime. Queda la nostalgia y la felicidad de haberte perdido en este galimatías absurdo, pues, con tu ausencia, vino la muerte para hacerme suyo en el centelleante cielo de las auroras septentrionales cuya inefable contemplación me acercó hacia tus huellas. Pero no conseguí sino lo

contrario, alejarme de ti como nunca, hacer infinita la distancia que jamás nos permitiría volver a abrazarnos. Y ese vacío terminó por hacerse costumbre, por quebrantar cualquier esperanza. Tú lo aceptaste y yo también, pues nada puede hacerse cuando el amor se torna en monótona aflicción.

Continúo tirado, borracho y nostálgico, disfrutando sin merecerlo de las notas musicales del triste y melancólico ahorcado, del fantasma que vuelve una y otra vez con la esperanza de verte abriendo el útero y ya nunca más fenecer en este cerúleo atardecer de intrascendente y lastimoso dolor. Llega la noche, también la lluvia, y todo se ensombrece aún más. No sé si permanecer en mi habitación o salir, si vivir o morir, si pensar en ti u olvidarte. Realmente no sé ni me importa ya lo que pase conmigo, pues lo mejor sería, sin duda, no contemplar otro nostálgico amanecer sin tu mirada deleitándome. Donde quiera que estés, con quien sea que ahora te acuestes, y sin importar lo mucho que juraste odiarme, quiero que sepas que aún te amo y que siempre lo haré. Y, en fin, quiero solo confesarte que moriré recordándote mucho más de lo que recordaré mi propia existencia.

Sinfonía Final

El melifluido era acendrado y vivificante, casi me convencía de quedarme en la existencia de un mundo próximo a la destrucción inaplazable. Era mi compañero el músico quien tocaba cada madrugada, se embriaga de sonidos exquisitamente expresados por su mágica y mística concepción. Pobre músico, pobre poeta frustrado y singularmente ilustrado de falacias que no le permitían discernir la verdad. Tal vez yo era el incauto, el extraño en aquella sociedad mísera conformada por una enfermedad nombrada hace tiempo humanidad, tan banal que requería de guerra y fornicación para existir con plenitud. El hecho es que estos humanos

habladores y propagadores de sinsentido habían sido erradicados milagrosamente por las estrellas palpitantes de rutilante razón, cuando fueron montadas por esos seres labradores de sueños, quienes actuaron con presteza para purificar el planeta de la mayor vileza.

Todo esto, empero, aconteció hace millones de años luz, cuando los músicos de la sinfonía idílica ni siquiera conocían el resplandor y la oscuridad del sol, las facetas de la encarnación. Ellos poblaron la infeliz planicie de desolación que restó tras el exterminio, reconstruyendo la naturaleza con sus sutiles y sublimes melodías, renovando la dulzura de aquel néctar extinto durante la era insípida en que los humanos se mataban unos a otros por dinero o zarandajas materiales. Por fortuna, aquella absurdidad ya no imperaba más; restaba en su lugar una algarabía de notas tenues y curativas, propiciadoras de una quietud verdadera. El golpe fue decisivo, la música y el origen se fundieron en un espectáculo despampanante que confundió lo etéreo con la insuficiencia de la realidad. Era liberador sentir tal quietud tras el exterminio palpitante.

Los músicos continuaron en su sendero, obligados a componer con sincera sublimidad sin descansar jamás, pero lo hacían para reconstruir la casa del demonio divino, para solazar el tedio y la cotidianidad que permaneció aún después del naufragio atroz de la humanidad. Nada, de cualquier modo, evitó que se esparciera tal miseria, y hasta los músicos abandonaron la esperanza del ciclo adecuado para renacer y restaurar el fulgor granulado por el enjoyado ojo de la inquisición. Solo uno quedó en pie, condenado a un abismo aciago y una continuidad anodina de eras sin sentido, pues era improbable extinguir la plaga enraizada en el mundo lejano del reino onírico. Fantasmagóricas las noches del primogénito, pues nunca lo atisbé bajar la guardia, nunca abandonó la música que atrajo y capturó en esta dimensión mi alma. La sinfonía final era la muerte de lo que nunca pude ni creí ser.

Tormento

Me atormentaba pensar que las personas más miserables, mediocres, estúpidas, vulgares e incultas eran las que más fácilmente aspiraban a la felicidad, acaso las únicas. Pero ¿qué quedaba en un extraño y repugnante sistema que exprimía los sueños, el talento, la imaginación y la creatividad? ¿Desde hacía cuánto la humanidad fingía vivir en este pantano de inopia y bestialidad? La existencia no tenía ningún fin, cualquier acción realizada resultaba intrascendente, era ridículamente indiferente ser igual o distinto, o ¿no? Tantas dudas afligían mi moldeada percepción, principalmente el rechazo. Y nunca había respuesta, por más que se buscara. Al menos no para mí, al menos no para los dementes como yo que dudaban siempre de todo, que aspiraban solamente al suicidio sublime.

¿Cómo vivir cuando no se quiere? ¿Cómo seguir cuando morir se debe? Sí, eso era, imposible sería enumerar todo lo que aborrecía en este mundo banal, pues había tanto que me disgustaba y con lo que la gente alrededor solía entretenerse. Pensaba también si siempre había sido así, si desde el comienzo el humano había cedido tan fácilmente a la estupidez, el sinsentido y la depravación. ¿Habían existido acaso seres con verdaderos sueños, talento y genialidad? ¿Alguna vez la poesía, el arte, la literatura y la música valieron más que unas piernas abiertas, un lujoso automóvil o un fajo de papeles ante los cuáles todos se arrodillaban? Pero no, el mundo era así, no iba a cambiar tan solo porque a mí me disgustase tan profundamente. Entonces sí que tenía sentido matarse, ¡vaya que sí! ¿Para qué estar en un lugar donde me sentía forzado a existir tan vomitivamente?

El mundo me molestaba, la existencia me laceraba. Y nada restaba ya, nada había por descubrir ya. La vida resultó ser solo un desperdicio, una tragicómica entelequia matizada de verdad, una fraudulenta declaración de divinidad. Y no, no sería parte de la decadencia y la mediocridad, pues todavía quedaba una forma para vencer mi propia humanidad, aún podía recurrir a la más sublime oportunidad. Hoy no habría ya mañana, no más mundanidad ni monotonía. Ya no más ridículas pláticas ni tampoco

reuniones absurdas donde la embriaguez dispersaba la náusea de existir mínimamente. Mis últimos instantes en este mundo fueron los más felices que alguna vez experimenté en esta distopía. Tan es así que, cuando se me encontró en aquella habitación pestilente manchada de sangre, solamente una sonrisa de alivio destacaba en mi cabeza agujerada.

Desgaste

Y, entretanto, únicamente un pensamiento refulgía en mi desgastada mente, en mi cansada y asqueada humanidad: la imposibilidad de eliminar mi existencia y todos sus recuerdos. Eso me lastimaba, pues ni siquiera la muerte, tal vez, podría eliminar eternamente lo que el tiempo conmigo hizo, lo que la vida arrebató de mí. Quedaría por siempre mi recuerdo y el de mi existencia, de lo que viví y experimenté en este cuerpo, de la fatalidad con que mi esencia se corrompió al luchar contra el mundo y la inmundicia de este sistema opresor y destructor de sueños. Si pudiera borrar me de todo para siempre, entregarme al vacío, exterminar lo que fui, soy y seré de toda dimensión. Si pudiera extirpar me de mí mismo y hacer lo propio con los demás. Tan solo quisiera arrancar de mí cualquier rastro de existencia, de vida o de lo que sea esta miseria que jamás se va y que siempre me abrume tan asquerosamente.

No tenía opción, pues, aunque joven, sabía que de nada serviría ninguna clase de iluminación o supuesto despertar. En esta cárcel todo era parte de la misma insania, de la marchitada depresión que se encajaba en mi corazón, que hundía sus garras en mi alma y la destrozaba para que fuese concebible mi galopar en la mentira más ridícula. Ya ninguna pastilla resultaba efectiva, sin importar cuan elevada fuera la dosis. La realidad era una estupidez, algo horrible, aterrador y brutalmente absurdo, pero que, además, violaba cada una de mis débiles defensas mentales en mis vanos intentos por permanecer vivo. Y no lo quería, tampoco lo

necesitaba, era solo que había algo misterioso, como un réquiem ilusorio cuya tonada me concebía siempre la opción de reflexionar un poco más. Pero no sería para siempre, tampoco se trataba de resistir eternamente este martirio.

Solo un poco más, lo suficiente para aceptar que el suicidio era lo único que me quedaba ya. Y no sé, tantas recaídas me parecían hasta normales, tantas noches en soledad y depresión, con las muñecas sangrando y las lágrimas brotando, sin ninguna compañía en realidad. Pero eso era normal, pues sabía a la perfección que, en última instancia, todos los humanos nacemos y morimos solos. Y, además, que todos los humanos siempre terminan por mentir, engañar, lastimar y corromperse, pues esa es la auténtica naturaleza del ser que tanto se busca ocultar con falsas ideologías moralistas. Tal vez demasiada verdad nunca venía bien a un simple mortal, pues era esencial escabullirse hasta cierto punto en algunas argucias para tolerar la existencia un día más. En fin, solo me resta decir una cosa más: ¡qué horrible es existir y qué divino será matarse!

Desperdicio

Las horas se esfumaban, pero los lagartos de las tres colas no dejaban los cuerpos que les permitían sobrevivir en este plano inferior. Ya habían devastado al mundo, ya se habían apoderado de la energía de cada títere esclavizado para consumir, fornicar y ambicionar. Estaban satisfechos los verdaderos amos, y su madre, la reina de los abismos estelares, no se rendía en su misión. Extraer hasta la última gota de energía de esos miserables, chupar una y otra vez los cadáveres agónicos que eran arrojados al cementerio del valle en la muerte del orador. Líderes mundiales, supuestas eminencias en los más diversos campos, anunciados de pronto como extranjeros de la galaxia, pero imposibles de

desenmascarar en la carne carcomida que había ocultado su naturaleza ruin y abyecta.

Solo aprovecharon los descuidos de la miseria, los arrebatos de cólera que las cortinas del defensor herido dejaron al descubierto. Pero, cuando se hayan ido, quedaran otros, y esta vez serán de los nuestros. Sí, serán humanos y eso lo hará todavía más escalofriante y atroz. No cesarán en sus quejidos, no derramarán en vano la gran catarsis que les proveerá del combustible para poner en marcha la crisis del santo dolor. Y, por doquier, esparcirán lo que no debe ser asimilado como algo profético, como si se tratase de una pútrida emanación de la santa revelación. Entonces se callarán, porque los dominados aceptarán el pesado yugo de aquellos que puedan levantar la pirámide un poco más, y a quienes el gran ojo ilumine con tan solo una pisca de la supuesta y suprema verdad.

Callarán porque les ha sido prohibido rebelarse y luchar por su libertad, callarán y se arrodillarán ante la imagen del nuevo anticristo, del dorado amanecer que evaporará el sufrimiento de la elección. Y así, el libre albedrío será solo de ellos, pues poseerán el instrumento que sus antecesores impusieron como la verdad. No habrá ya más rebeldía en quienes no conseguirán atisbar que sus vidas ni siquiera les pertenecen ya, pues lo único que solazará a los venidos de la estrella polar será el nuevo orden mundial. El apologético disturbio vendrá entonces para glorificarnos, y tomará los cadáveres de esos insensatos cuya avaricia fue más infame que su propia existencia para rasgar sus huesos y sacrificarlos al ídolo. Toda una caterva gritará ansiosa por la sangre del águila reluciente, habrá tal tumulto que hasta los menos obsequiosos sentirán el beso de la muerte.

Oscuridad

Un soplo de esperanza, una luz en la oscuridad eviterna del corrompido mundo en donde hemos sido conminados a pudrirnos sin sentido. Pero el

encomiástico sabor de sus mentiras tenía que ser también la ruina de los progresos en la extenuación del león emancipado. Sentado en la orilla de la montaña resplandeciente veo danzar todavía a algunos pobres desesperados. Pero me convengo de que lo alucino todo, de que esta desgraciada tristeza que me ha desgarrado por dentro es el comienzo de las eras en las cuales ya no estaremos tan subyugados. Luego, me rio, me divierto con el sufrimiento mental que retuerce todo mi ser y que coquetea trivialmente con el suicidio. La locura es una cualidad de la cual no quiero despojarme aún, prefiero dejarla que me consuma un poco más, que masque mis entrañas hasta que ya no pueda dejar de sangrar.

Pronto estaré ahí, y ya no me molestarán más las advertencias de un apocalipsis inminente en este infierno de tuertos y necios, en este pusilánime estado de embriaguez espiritual que no me deja en paz ni siquiera esta noche. Ya quiero arrojarme, ya quiero suicidarme y ver mis restos esparcidos en las cavernas del odio sempiterno, más allá del lago ensangrentado donde se dice que se pudrirán mis huesos. ¿Será acaso ese el suplicio menos despreciable por haber sido humano, tan humano? O ¿solamente el consuelo del poeta suicida que esta noche quedará aniquilado en el reino celestial de la inmortalidad fabulosamente aislada? Da igual ser o no un títere más, pues la incertidumbre no desaparecerá y no querré colgarme después de haber cruzado la oscuridad impertinente. Existir y no pensar, amar y no correr sin el abrazo de los injustos ni los aciagos.

Cada paso me recuerda lo desdichado que aún es mi lóbrego destino, existiendo en una raza de mártires calumniados por el débil sol del olvido. Todo esto debe ser una broma, pues no alcanzo a comprender cómo es que mis oídos fueron arrancados cuando el moldeamiento se impuso como el único camino. La desesperación vuelve, la duda se eterniza y la embriaguez profetiza la huida, la tan requerida ausencia de carne que debería condenarme en la cárcel de mis propias locuras y no en el desierto de mis grotescas y quiméricas reflexiones, no en el mismo sitio donde ya he llorado para que me succionen. El nudo aprieta muy fuerte y el vino me es ya insuficiente, me ahogaré en esta pestilente alcoba donde otrora

acariciase tu etéreo cuerpo de sirena cortejada. Hoy no estás ya, ahora es cuando sobreviene al fin el fin, yo lo agradezco.

Enigma

Yo no usé el instrumento adecuado para destruirlos, ¡diablos! Y ahora han vuelto, han atravesado el laudatorio portal de los enigmas prismáticos para fusionar su veneno con mi calamidad eterna. Grandiosos monumentos destruidos sin piedad por la contención de los mártires, ejecutada sin decoro por los sellados en el recinto violáceo. Han escapado, los dejé salir y se ríen siniestramente cuando les ordeno volver. Esa prisión ya no será útil, ya no está a mi alcance el báculo de la trinidad que me permitía sobreponerme. Me han dominado, han acabado con mi ínfima cordura y se han aprovechado de mi débil y escasa permanencia. ¿Aún soy yo quien ocupa este cuerpo? ¿Todavía hay tiempo de encerrarlos y ejecutar el desentierro supremo de los jodidos y los harapientos? No, es demasiado pronto para trastornarse, para horadar en el sueño del hereje y suicidarse.

Aún faltan algunos episodios en este poema delirante, algunos versos que necesito plasmar con locura antes de rasgarme la garganta y huir hacia el cielo de la serpiente plateada. El ensalzador dilema vuelve en forma de una estrofa farsante, acaba con mi paciencia y me hace olvidarte, me reconforta en su guarida sombría con el ruin propósito de enloquecer tu mirada austera hasta el día en que pueda encontrarte. ¡Vaya castigo me ha sido implantado! ¡Vaya tortura la de cuestionarse hasta el más mínimo suspiro antes de que el poder salga expulsado hacia tu divina procedencia! Quise entrar en ti y explorar el regalo del cual, hace un tiempo, fui expulsado para lamentar mi existencia. Pero entonces aconteció la duda y el miedo pulverizó el amor que creía profesarte con extrema soltura.

No debemos llorar ahora, ¡claro que no! Sería mejor suicidarnos y descansar hasta desquiciar a los jueces de la resurrección inoportuna. ¿Para qué se ha de volver a vaciar la canasta donde reposan nuestros sueños y voliciones? No tendría sentido retornar a este plano de abundante miseria y tolerar, por otro siglo, la estupidez infinita y el absurdo modo de vida de los humanos. Ya sabemos que la humanidad es un desperdicio y que la vida es un sacrificio que no han merecido los marcados por el falso dios dinero. Entonces ¿a qué vienen estas quejas deplorables? Podría ser que acaso aún quedara un último sacramento por destruir, un último beso por robar o un primordial encuentro por degustar. Y, si no es junto a ti, ¿dónde he de odiar el mundo hasta mi corazón atravesar?

Eres como un sueño

Es una situación muy extraña, pareciera incluso más irreal que un sueño. Sí, eso debe ser, ¿no lo crees así, mi única y sublime fantasía? Pues te miro y, por instantes, desapareces. Sí, te vas sumamente lejos, a un lugar del cual no puedo ni quiero extraerte. Sé que es mejor para ti ocultarte en aquellos lugares de lozanía absoluta, en aquel páramo de infinita quietud. Sin embargo, cuando vuelves, de inmediato captas mi atención de modo abrumador. Es tal la plenitud y tan bello el goce que causas a mi espíritu que, si pudieras intuirlo, querías no ser tú a quién yo amara, pero eso no es posible, pues tú eres la única musa de ojazos sempiternos en mi pensamiento. Así, te presentas ante mí, cautivas mi corazón marchitado y no te dignas en regresármelo hasta que tu contemplación mi cabeza ha conquistado. Tú eres, sin duda alguna, mi sueño perfecto, la persona a quien quisiera contemplar y escuchar el resto de mi triste vida.

¿Por qué es así? ¿Por qué me haces sentir vivo cuando ya creía estar muerto? He de serte sincero por completo: no lo sé. Y eso es lo que me

hace sospechar que estoy brutalmente enamorado de ti, de tu mirada carmesí y tu boca en la cual me quisiera derretir. ¿Cómo soportar este elogioso averno, esta ironía de cromatismos desproporcionados que llega a mí en conjunto con el fulgor de tus brazos? Sería una tragedia, peor que eso, pues tal parece que estamos condenados. Pero no, ya no lo veo así, ya no sé lo que será de mí cuando tu resplandor de este soñador se haya retirado. Porque, invariablemente, la luz de tu sonrisa no podrá irradiar con igual intensidad por siempre, pues ni siquiera me concierne lo más pequeño de tu grandioso y espléndido cielo. Conocerte ha sido, por mucho, lo más encantador en este absurdo teatro que es mi existencia.

En medio de la devastadora ola levantada por las sombras de la angustia y la depresión, ha surgido la silueta que tanto anhelé, la divinidad encarnada a cuyos pies me aferro aun sabiendo que no puedo ser correspondido ni merecer su amor. Tu espíritu catártico y los avasalladores y cegadores ojos que posees me hacen sentir como si estuviera muriendo para renacer de inmediato. Estar contigo es como un sueño del que no quiero despertar, porque en él puedo imaginar que solamente existimos tú y yo, que todo lo demás carece de sentido y que, si el mundo se terminase hoy, podría sostener tu rostro afrodisíaco y perfecto para orlarlo con el desorden del clímax más indómito. ¡Oh, funesta realidad en la que divagamos! Pero me encantas tal como eres, me tienes loco y te pienso sin tregua alguna. Eres tú la única razón de mi existir, la celestial fantasía que mi alma necesita para seguir vibrando. Mi único error, quizá, fue haberme enamorado de la mujer más hermosa, y quien solo podría estar conmigo en mis más apolíneos sueños.

Inmolación

Comenzaba la inmolación del poeta destinado al suicidio, pues el asco de existir volvía a envolver su fatal destino. Bien sabía que cualquier camino

conducía al mismo absurdo donde todos aquellos seres a quienes detestaba, los supuestos humanos, se regocijaban en la servidumbre y la miseria de sus vomitivas acciones. La tristeza y el hartazgo cegaban su panorama, la existencia era para aquel genial ensalzador de la muerte el obstáculo que le impedía convertirse en un dios. El suicidio estaba tan cerca que podía saborear su placentero y extravagante néctar cuando se abstraía en aquellas elucubraciones sombrías durante los días menos soportables. Entonces la felicidad invadía su mente, pues pensaba en lo banal de cada ideal humano, de cada sufrimiento experimentado y de toda la creación inmundada a la cual, desgraciadamente, pertenecía.

Así fue como llegó el día en que puso fin a su deplorable existencia, apagando la irrisoria flama de su vida y la misteriosa belleza de su poesía, cerrando los ojos para despedirse con asco de un mundo nauseabundo que siempre detestaría. Y, sin embargo, lejos de aquella madriguera donde el sublime poeta suicida se había refugiado durante los últimos años, lejos de ahí, estarían aún los humanos infames y odiosos. Sí, seguirían reproduciéndose, aunque no hubiera ningún motivo para ello. Y también sus viles y putrefactas criaturas serían adoctrinadas para perpetuar el mundo tan execrable donde esta raza de idiotas, por desgracia, debía existir.

El poeta suicida, con ideales sublimes, cuya poesía fue la evocación de toda su tristeza y su angustiosa locura, al fin sucumbía. La existencia fue para él una tortura, un sacrilegio que lo doblegó demasiado pronto, que esfumó sus ínfimos deseos de sonreír y sentirse libre. Pero no había realmente muchas opciones más allá de la navaja, la cual contemplaba con cierto matiz sarcástico al volver ebrio cada noche a su pocilga. Pero es que hasta la borrachera y la locura terminaron por cansarlo y aburrirlo. Sí, a él, a un espíritu rebelde y distinto. Porque de verdad su alma debía ser diferente a la del rebaño, a la de esa caterva de monos aficionados al dinero y al sexo. Y así, aquella noche sombría, a los 26 años, tras haberse percatado de que ya nada tenía sentido, simplemente decidió entregarse a su trágico destino: el suicidio.

Alucinación

Mis ojos se entumecieron cuando tu virtuosa imagen se apoderó de mi razón. Melancólico y aturdido, anhelé verte por última vez, sentir ese calor adorable y esa boca opípara en la cual tantas ocasiones se consumaron ardientes ósculos matizados de una supuesta felicidad. Pero hoy ya no estás, de mi vida te fuiste hace tiempo, dejándome solo este sombrío recuerdo. Es demasiado tarde y no tengo intenciones de buscarte, prefiero probar otros labios para olvidarme de este absurdo dolor proveniente de una quimera tan superflua como lo es el amor. Así será mejor, así podré poner fin a esta atribulada existencia, pues he decidido que esta noche todo estará bien si me suicido, si termino ahogándome en sexo, drogas y alcohol.

Realmente no hay más que hacer en esta existencia vomitiva en la cual me siento preso. Cualquier otro camino distinto al del suicidio ya no será de ninguna forma gratificante, y me sabrá demasiado insulso. Antes, cuando nos consumíamos juntos debajo de la estrellada y cerúlea noche, podía tener ciertas esperanzas y alucinaciones. Pero ahora ya nada puede hacerme vibrar, nada igualará jamás aquellas sensaciones tan inefables que solo tú, esencia de mi más delirante poesía, conseguiste alborotar en mi perforado corazón. Esas noches de embriaguez sexual no volverán, pues podría fornicar con quien fuera el resto de la existencia, pero jamás hallaría nuevamente tu encanto tan celestial.

La poca fuerza que me sostenía me abandona, se va de mi cuerpo con la misma rapidez con que tú lo hiciste. Aún recuerdo, presa de mi imaginación exaltada, esos primeros días en los cuales lamía el suelo donde siempre tus pies se posaban. Y también le hacía el amor a las mismas sábanas que otrora fuesen testigos fieles de nuestras veladas más alocadas. Los pantagruélicos encuentros entre nosotros hacían que hasta la muerte se sintiera intimidada y que la vida nos pareciera como un cuento de hadas. Tan hermoso era contemplarte junto a mí, incluso sin ni siquiera tocarte, pues el halo de tu mirada bastaba para resucitarme. Es

una lástima que te hayas ido tan pronto, o, tal vez, que yo haya dejado de materializarte... Como sea, hoy es un buen día para zanjar definitivamente la cuestión relativa a mi muerte y al bello espejismo de esta esquizofrénica poesía, misma que terminó por darte vida fuera de mi mente.

Punzante Reflexión

No había ningún motivo para seguir adelante, esa era la verdad. No obstante, lo negaba diariamente, ya fuese por temor o por estupidez. Y entendía que también las personas estaban ciegas y que no podían percibirlo. Pero, al final, el posible sentido de sus vidas siempre terminaba por estar ligado a otras personas, momentos y lugares ajenos a su ser; es decir, era lo externo lo que falsamente creían como importante. Y así era como conseguían vivir y engañarse, pues se rehusaban a aceptar que, en el fondo, todo era absurdo. Lo era desde que había que morir, pues, si bien es cierto que había cientos de teorías, ideologías y creencias acerca de por qué estamos aquí, ninguna era certera, todas se mantenían en la incertidumbre y la especulación.

Y, si existía ese mentado sentido de la existencia, no podríamos saberlo con seguridad en vida, acaso solo en la muerte. Pero entonces, ¿ya de qué serviría saberlo? ¿No sería mejor saberlo ahora que estamos vivos? Y bueno, creo que eso ilustra el punto: aquí y ahora, mientras se está vivo, resulta imposible discernir el sentido de la existencia con certeza, y, siendo así, se llega a lo mismo de siempre: que todo esto es absurdo. Sí, no podía haber otra explicación, no en el punto al que yo había llegado. El absurdismo de mi infame y vil existencia había conquistado cada rincón de mi ser, terminando por convertirme en un parásito que ya ni quiera respirar podía; al menos, no sin sentirse abrumado por el vacío. Al final, lo único que me mantenía respirando en esta realidad asquerosa era la deliciosa idea del suicidio.

Y, dentro de todo, recordaba el dilema de la jarra de agua. No había ejemplo más claro del absurdo de la existencia que ese: la jarra que se vacía. Entonces un sinfín de preguntas me atormentaban. ¿Por qué tenía que vaciarse la jarra? ¿Por qué tenía que volver a llenarla? ¿Por qué tenía que tomarme el agua de la jarra? Era un ciclo infernal, y así con todo. Como los viejos dilemas de la cama que debíamos tender para volver a destenderla, de la comida que debíamos ingerir para desecharla, del aire que debíamos inhalar para exhalarlo, de la vida que debíamos vivir para, absurdamente, terminar muriendo. O, si no se era tan cobarde y vil, para aceptar el divino regalo al que aspirábamos los poetas sublimes en la cumbre del anhelo fulgurante: el suicidio. Pero todas estas locuras, bien sabía, no eran sino humanas especulaciones. Y, en el fondo, había algo que odiaba más que nada: a mí mismo.

Inutilidad

Muchos días ya tirado en cama, pensando, dándole vueltas al mismo asunto sin llegar a nada concreto, sin obtener datos que ayuden a decidir plenamente. ¿Vale o no la pena existir? Es decir, ¿es o no todo irrelevante? ¿Es la humanidad algo épicamente absurdo o tan solo el desvarío de alguna entidad suprema demasiado arrogante? Bueno, era inútil seguir con la tortura, al menos debía darme un poco de descanso. Tampoco había comido en días, y me sentía cada vez más deprimido y triste. La vida sabía muy mal y la idea del suicidio me asediaba a cada instante. Una galaxia de palpitantes sensaciones me desgarraba el pecho, me hacía experimentar un sentimiento de pertenencia al vacío como ningún otro. Ya no quería nada, tan solo odiaba mi humanidad, odiaba volver a mí de nuevo.

No voy a negar que tal vez extrañaba sus labios y manos más de lo que quería aceptarlo en realidad. Pero ya demasiado tiempo había transcurrido desde su absurda partida, y ahora era ya tolerable esta amarga soledad que me hacía compañía en cada noche de divagaciones

suicidas. También la navaja y la soga solían permanecer en un rincón de aquella pringosa habitación, esperando el momento adecuado, el quiebre total de mi endeble y asquerosa humanidad. Solo la extrañaba un poco más de lo normal cuando la desesperación de existir y la melancolía de las tardes lluviosas se conjugaban en una desastrosa tormenta de ironía mal disimulada que perforaba mi alma. Esto, sin embargo, no era razón suficiente para que saliera de mi ostracismo y fuese a buscarla como un demente que requiere su maldita medicina.

No, ya no era así. Supongo que era parte de una realidad trastornada el aceptar que ella no aparecería más ni tampoco volvería a rozar sus lozanos y escarlatas labios. Me quedaban demasiados recuerdos, pero todos inútiles y putrefactos; todos con ese sutil matiz de pesimismo tan común de experimentar cuando solo la tristeza impera en el interior. Y era una tristeza de tal magnitud, de tan desproporcionadas dimensiones que me preguntaba si realmente bastaría con el suicidio para poder deshacerme de todo y extinguirme en el vacío. A veces ni yo sabía lo que me pasaba, pero creo que poco a poco fui perdiendo el interés por todo, incluso por mi bienestar. Fumaba, bebía y me drogaba diariamente, más de lo que podía soportar. Pero, en cuanto el efecto desaparecía, volvía esa infernal realidad donde detestaba existir. En cuanto amanecía, me lamentaba y me reprochaba mi inutilidad al no poder morir, pues verdaderamente no tenía ningún sentido vivir un día más en esta cárcel humana.